



LANCEROS, Patxi
El robo del futuro: fronteras, miedos, crisis

Madrid : Los Libros de la Catarata, 2017
 141 p. :21 cm
 ISBN: 978-84-9097-310-3

No ser otro...

La capacidad de encaje de los contratiempos que encuentra en sus proyectos y en consecuencia de asumir sin depresión o resentimiento el eventual fracaso en sus expectativas, es un signo mayor del grado de equilibrio de una sociedad o un individuo. Pero esta capacidad se ve mermada seriamente cuando, por unas u otras razones, cabe atribuir la causa de la quiebra no a la ausencia de fuerzas para asumir lo excesivo del reto, al surgimiento de dificultades imprevistas o incluso a la mala suerte, sino a una interferencia considerada tan ajena como insidiosa. Es entonces muy fácil que el encaje de los hechos sea sustituido por la depresión, el resentimiento o ambas cosas. Aparece aquí el *otro*, figura sobre la cual se proyecta la propia impotencia y que a veces ni siquiera es realmente otro, sino una construcción del mismo que lo excluye, quien que con razones de igual peso hubiera podido nutrir el sentimiento de compartir identidad.

Desde el arranque de su libro *El Robo del futuro*, Patxi Lanceros ilustra el caso con uno de los textos póstumos de Kafka al que su albacea literario Max Brod habría dado el título de *Comunidad*: cinco personas que sólo tienen en común el hecho de haberse ubicado *en fila* junto a un portal por el que todos han salido sucesivamente, se constituyen en comunidad negándose a que forme parte de la misma un sexto e impertinente candidato, quien no tiene con ellos ni mayor lazo intrínseco ni mayor diferencia, de tal manera que la comunidad se realiza "sin resto, sin sexto".

A partir de esta parábola se engarza la reflexión sobre el coste de la construcción de sociedades en las que el excluido es de hecho la argamasa que unifica y hasta el engrasador de toda motivación, en un mundo en el que "agrupaciones de odio se cubren con el manto de la justicia (divina o no)" y "colectivos impulsados por el miedo se cierran al grito de democracia". Pero falta otro elemento: la acumulación desenfrenada, que ni siquiera se controla a sí misma de tal manera que a la rapiña del débil se une la incertidumbre en éste de si seguirá estando en condiciones de ser objeto de abuso.

Fronteras, miedo e indigencia conforman así la urdimbre y la trama del teatro de la globalización, un paisaje que Patxi Lanceros describe en tres capítulos de un libro cuyo apartado final (titulado "A la intemperie") pone de relieve la significación y el peso no ya de que "el mundo verdadero se haya convertido en fábula" (temor de Nietzsche), sino de que "los grandes proveedores de argumentos para la fábula" hayan perdido fuelle. Empecemos pues por las fronteras, esa marca que tantos hoy en día (desde Trump un triste émulo en la República Dominicana molesto por la vecindad de Haití) sitúan en la matriz de la identidad.

No ser del otro

La identidad suele ser algo a lo que se responde sin reflexión; se trata en principio de un sentimiento, tras el cual hay sin embargo muchos implícitos. Me permito aquí una referen-

cia a la más radical filosofía especulativa, presente de manera implícita en el libro. Para hablar de *pluralidad* basta quizás la mera diversidad cuantitativa, esa diversidad de *tres* muebles cuando hacemos abstracción de todo otro rasgo en cada uno de ellos salvo el de ser precisamente *mueble*. Pero para hablar de *identidad* hay que ir más allá de la pluralidad, hay que introducir la diferencia cualitativa, lo que separa a ese mueble que es una mesa de ese otro mueble que es una silla. Esto puede incluso parecer obvio. Pero quizás es menos obvio que esta diferencia cualitativa supone *oposición*, es decir, erección de la diferencia cualitativa del otro frente a la diferencia cualitativa propia, de tal forma que uno no sería sin el ser del otro; el ser *mesa* de entrada por el no ser *silla*.

Así pues además de diversidad (para la que basta la pluralidad cuantitativa) y diferencia cualitativa, la identidad supondría *no ser* el otro. ¿No ser el otro o no ser del otro? En esta interrogación y en la respuesta dura reside la esencia del momento cúspide de la filosofía de Hegel (la “Lógica de la Esencia” dentro de la llamada *Ciencia de la Lógica*) a saber: la identidad es diferencia, la diferencia es oposición y la oposición es contradicción, o sea, *no ser del otro* y no meramente *no ser otro*. Pues bien:

Si no hay diferencia sin oposición entonces no es lo mismo identificarse como humano frente a las cosas inertes, o frente a los demás seres animados, que identificarse en oposición a otros hombres. Si se pierde de vista la identidad que simplemente humaniza, si tras el sentimiento de identidad no se alberga un rasgo en el cual también el otro humano pueda reconocerse, entonces se acentúa el peso de identificaciones contingentes (familia, religión, trazo biológico, patria o estatus económico), las cuales acarrearán el peligro de que el sentimiento de diferencia frente a otros humanos (uno *no es el otro*) se convierta en sentimiento de incompatibilidad con los mismos (uno es *el no ser del otro*).

Desde luego familia, raza etcétera son criterios de identificación empíricamente operantes, pero ¿se trata de rasgos inevitables, sino todos a la vez sí al menos alguno en particular? Una respuesta positiva supondría considerar por ejemplo que no hay sociedad sin familia, estado, dios, o sentimiento de particularidad racial, cosa perfectamente cuestionable. Por el contrario, un momento fundamental en el desarrollo de un niño es cuando no confunde el tipo de diferencia que se da entre su perro y su gato con el tipo de diferencia que se da entre el niño compañero de juegos y el perro, o ese mismo compañero y el gato. Al sentirse del mismo lado con su compañero está identificando a la humanidad: aquí sí que cabe hablar de proceso de identificación por el que (bajo una u otra forma) todo ser humano ha pasado; cabe hablar de universal antropológico.

En la primera parte del libro hay un capítulo bajo el título casi provocador de nobles mentiras que toma arranque en una célebre frase de Platón: “Tendemos que inventar una noble mentira”. ¿Con qué objetivo? Pues simplemente para que sea posible reducir la cuestión de la organización general de la ciudad, *polis*, a la cuestión de la casa, *oikos*, es decir reducir la cuestión política a la cuestión casera, doméstica o económica. A partir de ahí el autor reivindica una nobleza a la cual apunta quizás de hecho Platón:

Noble es denunciar la mentira que subyace a presuntas y presuntuosas verdades; noble es poner en cuestión el mecanismo que impone lealtad, que fabrica conformidad, a partir y a través de ficciones de arraigo y de familia, de lengua y de fe, a través de continuidades inventadas y de coherencias construidas. O a partir y a través de amputaciones, exclusiones y descartes (p. 53).

El libro de Lanceros es una suerte de topología de estos descartes: la constitución del “nosotros”, desde la identidad por sinécdoque (un solo rasgo- sangre, lengua, tierra o dios, erigido en absoluto- puesto que la multiplicidad de rasgos acentúa el peligro de que sean compartidos), hasta reivindicaciones de libertad y liberación que encubren una voluntad de jerarquía, y en consecuencia de exclusión: la libertad de mercado es ejemplo paradigmático, pero no único; la denuncia del uso falaz del término libertad en expresiones como “comunidad o liberación o teología de la liberación”, será bastante más provocador

para quienes en lugar de ser fieles a la exigencia de mantener el juicio responden al imperativo (psicológicamente económico) de sentirse del buen lado.

La fidelidad a un solo rasgo es análoga a la muy corriente fidelidad a una sola idea. Mientras leía este libro cayó en mis manos un artículo del filósofo y economista francés Frédéric Lordon publicado en *Le Monde Diplomatique*, relativo a las consecuencias de la identificación exclusiva a un rasgo potencial que se considera frustrado y la persecución a toda costa de esta idea única; en este caso se trataba de una identidad europea que llevó a ciertos intelectuales de varios países a ver el aspecto positivo de que en su expansión el Nacional-Socialismo estuviera aboliendo las fronteras: “‘Hacer Europa’ es su única idea y como no hay ninguna segunda idea que provea una evaluación crítica de los medios... todos los medios son buenos. ¿Convierte la historia a la Alemania nazi en la operadora histórica de la tabula rasa necesaria para el surgimiento de la nueva Europa? Que así sea”. Sustitúyase Europa por otra palabra y el lector tiene la clave de muchas obediencias imperativas, actuales o no.

Como en los límites forzados de una reseña no ha lugar a retomar en detalle las articulaciones, me limito a recomendar al lector que lea (de un tirón, la agilísima escritura lo permite) las cuarenta páginas del capítulo titulado “El Otro. Al fin”, escritas no exactamente en estado de gracia, sino en estado de indignación.

El miedo encoge

Particularmente impactante son las reflexiones sobre el miedo, el miedo analizado no tanto en sus connotaciones para el individuo como en sus potenciales implicaciones calamitosas para la sociedad. Pues recordándonos el autor que el miedo es libre, nos hace sin embargo evidente que de ninguna manera es factor de libertad. El miedo más bien encoge, como lo hace el frío, y del hallarse encogido es fácil pasar a la genuflexión; pero en ocasiones el miedo simplemente *precipita*, eventualmente hacia una modalidad de protección irreflexiva, una vez más protección a cualquier precio.

Lanceros ironiza sobre el uso del término “aldea”, que tiene resonancias bucólicas, totalmente ajenas a la quebrada comunidad que constituye el binomio orden –desorden imperante, caracterizado por una “economía del desconcierto” y una “ecología de la catástrofe”. La idea de progreso, y su connotación de futuro no es que estén cuestionados, es que no se sabe hacia dónde nos dirigen. Lanceros nos habla de una rara nostalgia, nostalgia de una época marcada por la apuesta por el proyecto o progreso, por la idea de una humanidad liberada de sus servidumbres... en el futuro. Nostalgia de una época que confiaba en que las cosas avanzaban hacia alguna modalidad de bien. La melancolía a la que puede llegar tal nostalgia será naturalmente proporcional a la apuesta. Y aquí la pregunta: ¿futuro que nos ha sido robado o más bien (como dice el propio autor) futuro que “nos ha estado robando”? Al respecto ha habido siempre alguna voz visora. “Esto ha progresado como progresan las cosas”, suspiraba habitualmente Agustín García Calvo ante la constatación de un nuevo incremento de indigencia o de estupidez provocados por algún bienintencionado propósito de renovación.

La esperanza ciega

Y desde luego la apuesta por el futuro es indisoluble de la espinosa cuestión de la esperanza planteada (p. 45) en términos casi crueles: “Pero quizás algo va mal, muy mal, en el programa cuando la esperanza entra en juego; o cuando frente a un multidimensional problema, la esperanza se apunta como (única) solución”. Y Lanceros evoca a Edgar Morin quien, en una entrevista afirma: “Sólo si logramos combinar los logros del pasado con las expectativas del presente podremos hablar de resurrección de la esperanza. Pero no olvidemos que esperanza no significa certidumbre, sino posibilidad”. No es seguro este último

extremo, las esperanzas que mayor consuelo han aportado a la humanidad no entran siquiera en la problemática de la posibilidad: nula es la probabilidad de una vida eterna, es decir, una vida contraria al segundo principio de la termodinámica, y no por ello deja constituir una de las mayores proyecciones de lo que ha sido llamado “principio de esperanza”. Lanceros cita también a Zygmunt Baumann: “Si perdemos la esperanza será el fin, pero dios nos libre de perder la esperanza”. Pues bien:

Es de agradecer que ante la pregnancia del radical desarraigo, ante la intemperie en la que (última frase del libro) “hace más frío”, Patxi Lanceros haya tomado la decisión de reflexionar, de hacer el esfuerzo por traducir todo esto en encadenamiento de conceptos. Pues hay razones para pensar que ante el desarraigo sólo cabe como alternativa, sea la reflexión sea la claudicación; es decir: asumir con entereza nuestra condición, o apostar a algún modo de salvación imaginaria, forjando prodigiosos refugios sin cimiento, erigiendo la esperanza en principio de la acción y del pensamiento; y ello a cualquier precio, al precio incluso de esa razón y ese juicio que en toda circunstancia el hombre debería tratar de preservar. Cito al propio autor: “Sin las figuras sublimes de lo necesario y de lo eterno, adheridos a nuestros terrenales propósitos, la vida (o la convivencia) podría ser un poco más fácil, quizás un poco más vida”.

Víctor Gómez Pin